

apearme. Jamás había conocido cochero tan galante.

Era el vizconde de*** hijo de un senador, un rubio irresistible.

Le reconocí al momento.

—Ya ve usted, me dijo, me rebajo hasta ese punto para decidirla á venir con nosotros.

Aquel acto, digno de la moral en acción, me convenció.

Fuí á cenar con una alegre compañía, resuelta, á pesar de todo, á continuar siendo siempre la virgen del lienzo.

Pero las montañas de Sajonia y de Holanda no estaban allí para preservarme.

Después de todo *honi soit qui mal y pense*.

Tenía yo aquella noche tres ó cuatro galanteadores, y tal vez esto fué lo que me salvó.

XI

Un almuerzo nupcial

Clareaba el día, cuando decidieron damas y caballeros almorzar en el café de Madrid. Yo reía, pero permanecía triste. Había vuelto á perderlo todo.

¿Volvería á casa de mi madre?

¿Iría á la calle de la Paz?

Pude salvarme aún; pero la curiosidad que me impelió á cenar, decidiómela á almorzar. Y ¿por qué no confesarlo? Sentía cierto placer en tratar al vizconde***.

No podía perdonarle cuando hablaba á las mujeres con brutalidad; pero como á mí me trataba con mucha dulzura, me parecía

encantador. Además, yo creo que hubiera estado celosa si hablase á las otras como lo hacía conmigo.

Su carruaje esperaba.

Hízome subir y se sentó á mi lado.

—Esto no es un juego, le dijo uno de sus amigos, al marcharnos, soy yo quien la he descubierto, si tú me la tomas te entenderás con la punta de mi espada.

—¡Idiota! murmuró el vizconde. Va á obligarme á que os ame.

Y no era aquel únicamente el que pretendía tener derechos. El marqués de C, retirado hoy del mundo, había rimado también poesía inspirado por mis encantos.

El vizconde había cogido mi mano.

—¡Después de todo, dijo, tal vez no seré desgraciado contigo! Tú posees la alegría y el sentimiento. Si algún día me decido á tener una querida iría á llamar á tu puerta.

—Sí, pero yo no abriría.

—¡Vamos, pues! ¿Y si yo te ofreciera aunque no fuera más que mil francos al mes, mi carruaje tres veces á la semana y un lindo nido de rosa para vivir?

Sonreíme.

—¿Usted cree que estoy en el limbo? Sepa usted, querido mío, que he rehusado algo mejor que eso. He tenido una fortuna á mis pies, un mobiliario de cien mil francos, caballos y las manos llenas de oro.

—Todas dicen lo mismo.

—Ignoro si lo dicen todas, pero sé perfectamente que he tirado una fortuna.

—¿Y por qué?

—Porque me fastidiaba.

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA
MEXICO, D.F.
MEXICO, D.F.

—Pues entonces, yo te amaré y no te daré nunca dinero.

—Prefiero eso.

Cuando se ve levantar la aurora se siente una virtuosa.

El vizconde púsose sobre sí y tuvo un cuarto de hora de expansión.

Confesóme sus locuras.

Se había comido la fortuna de su madre y apenas le quedaba más que su figura y su talento. También se fastidiaba; había traicionado veinte veces á su queridas, y éstas le habían engañado diez; no comprendía aquello, y quería á toda costa llorar conmigo.

Al llegar al café de Madrid, me juró que si quería amarle plantaría á su Coralía.

—¡Jamás! le respondí.

Y á mi vez le conté cómo me había convertido en la más formal de las lenceras de París.

Nos desayunamos.

Prometiame siempre regresar secretamente á la calle de la Paz.

¿Cómo fué que volví otra vez á la calle de la Pépinière?

Tal vez porque el vizconde vivía en ella. Aquello era un hecho; no debía volver más á casa de mi madre. Franqueado el círculo fatal mamá habíame perdonado una vez, pero mis lágrimas, no hubieran ya podido desarmarla.

Por otra parte, lo diré francamente, no tenía necesidad de llorar.

La locura me dominaba de la cabeza á los

pies, como si me hubiesen arrojado dentro el reino de la Hada del Ruido.

¡La Hada del Ruido! Un vals de Olivier Metra, uno de los músicos de aquel tiempo.

¡La Hada del Ruido! Con ella llegué á alcanzar el triunfo mayor de mi caída.

Una noche que comimos en alegre compañía alguien propuso ir á Mabilie.

Hicimos una entrada abracadabrante.

No sentía los pies en el suelo; tanto champagne había bebido y tanto me entusiasmó la música.

En Mabilie hay los paseos, el campo de batalla de baile y el salón de descanso.

En el salón, ese loco de *** me cogió por la cintura y me obligó á hacer algunas piruetas, mientras la orquesta tocaba un vals de Metra, *La tour du Monde*.

Sí, la vuelta al mundo tuve yo aquella noche.

M. Markowski, un serio profesor de baile, si cabe expresarse así, me propuso valsar bajo la orquesta.

Dejéme conquistar por M. Markowki que me había creído muy ligera pero que no esperaba encontrar una pluma lanzada al viento.

Apenas si tocaba el suelo con la punta de mis pies, volviendo mi cabeza y esparciendo al aire mis blondos cabellos. A mi alrededor se apiñó una muchedumbre inmensa, todo París estaba allí; me equivocó, M. Flammarion no estaba. No obstante, era una estrella que aparecía. Me arrojaron ramos de flores: los ingleses gritaban ¡hurra! los

alemanes no decían nada pero creían sin duda que yo venía del país de las leyendas.

—¿Ha estudiado usted? me preguntó M. Markowski.

—Sí, la dije, tengo aprendida la gramática.

Como no me comprendía, redoblaba sus preguntas colérico. De pronto mis pies desflorando apenas el polvo del suelo, quitaron la ceniza á los cigarros de los curiosos.

Gritos entusiastas llenaron el aire, no habían bastantes ramos de flores para tirarme.

Allí estaba lo mejor de Inglaterra y Alemania, lo más granado de la gente del gran mundo y de los periodistas.

—¿Cómo se llama? preguntábanse unos á otro en alta voz.

—¿Cómo se llama? dijo M. Delange; perdíez, se llama Ofelia!

Fuí bautizada por segunda vez en mi vida por aquel profeta de todas las estrellas.

Ya no quería dar en mis locuras el nombre de *Carolina de F**** y me bauticé con un nombre sencillo. Dije á todos que me llamaba Carolina Aumont. No quise agregar más cascabeles á mi personalidad.

León Forlán, Aureliano Secholl que paseaba con una comediante ilustre, Nestor Roqueplan que adoraba la ópera al aire libre, Xavier Aubuyet y otros paradójicos, Paul Baudry, Chanfleury, Bertall, el príncipe de Orange, un duque en os y un conde en *off* me rogaron que bailase un minué.

¡Bailar! ¿Es que yo sabía bailar? Mis años en el Conservatorio no me autorizaban pa-

ra creerlo ni para hacer lo que había hecho.

¡Bailar en la Opera es el mundo conocido! ¿Quién no baila en la Opera? ¡Pero bailar en Mabilie! en presencia de tales espectadores, es poseer el vértigo, el delirio del baile. En Mabilie es preciso crear el baile, inventar pasos nuevos, ser imprevista, original y esparcir acá y allá una palabra ingeniosa ó picaresca. Y después crear siempre, no copiarse, ir en *crescendo*, derrochar la gracia para poder luego derrochar diamantes.

Me lancé con toda mi alma á la aventura, intentando todas las locuras di un puntapié á todos los cigarros encendidos, despeiné á tres ó cuatro burgueses embobecidos y amenacé á todas las *estrellas* del baile.

Los ingleses tapábanse la cara, los parisinos aplaudían y mis amigos de todas clases, porque tenía amigos sin nombre, me arrojaban todos los ramos que podían.

Mi triunfo fué tal, que Alice de Provenza, una bailarina muy original, declaró que había estado incomparable y me mandó un hermoso *bouquet* de rosas.

Hubiera podido enriquecerme con las flores que me arrojaron las señoritas Leonida Leblanc, Maria Colombier, Ana Desliens, Cora Pearl y otros celeberrimos artistas de todos los teatros que aquella memorable noche fueron á Mabilie.

No me admira hoy que aquello me divirtiera durante toda una temporada; valsaba y bailaba como si otra cosa no pudiera hacer.

Se dice que en los últimos años de su vi-

da, Alfredo de Munet tuvo siempre un poco de beodo. Esta es mi historia. Tengo siempre un poco de baile y de vals en la punta de los pies.

XII

La comedia española

La mujer galante siente muy á menudo verdadera pasión por ese gran enamorado que se llama *todo el mundo*.

Es el amor en comandita la pesca de los accionistas.

También puede decirse de su mobiliario, de su fortuna que siempre es la historia de las mil y una noches.

Pero yo no he conocido jamás el señor Todo el mundo. Era como aquella inglesa que prefirió verse abandonada en el mar, que ser salvada por un nadador que no le había sido presentado.

Ainsi que la vertu l' amour á se degrés.

Un español opulento me propuso una noche en los Italianos hacer mi fortuna si yo consentía en hacer su dicha. Toda la mañana había oído yo la campanilla de mis acreedores, no tenía más que un caballo y una cesta y el presentimiento de que pronto tendría que ir á pié!

Rehusé estoicamente.

No obstante, el español era un verdadero gentil hombre que hablaba de oro.

Estaba furiosa contra mi gazmoñería necia, pero experimentaba más placer en sentirme dueña de mí cuando no tenía un céntimo.

Siempre he sido vencida por no sé qué sentimiento romántico.

Si aquel español me hubiese galanteado en Sevilla ó Toledo, creo que habría consentido; sin duda no hubiera puesto obstáculos para marcharme con él, pero ir del teatro italiano al café Inglés era un camino muy corto. A mi español tal vez le pareciera muy largo ir de París á Sevilla ó á Toledo.

Llegó la época de los baños de mar. Quise pasar quince días en Biarritz.

Una mañana al irme á bañar encontré á mi español.

—¡Ah! usted aquí, me dijo, qué fortuna encontrarla.

Esta vez, sobre aquella playa casi extranjera, tan lejos del Boulevard de los capuchinos, aparecióseme el español como un amigo. Un momento más y me arrojé en sus brazos.

—Qué desgracia, dijo, como si le desvaneciera un sueño, no estoy solo aquí.

Hágamela usted conocer, le respondí, verá usted qué pronto la tiro al mar.

—¡Chist! me contestó, héla aquí que viene.

Me saludó y fué al encuentro de una mujer que me recordó vagamente á la marquesa de Amaegui.

Pále comme un bean soir d'antonne.

¡Oh! ¡corazón humano! yo estaba celosa; pero como nunca he tenido la costumbre de mezclarme en la dicha de los otros, seguí mi camino.

Había dado algunos pasos cuando el es-